

**RASGO ESENCIAL DEL ALMA
ALEMANA** _____

visto por el francés Luis Reynaud _____
prof. de la Universidad de Lyon. (1) _____

interpretado por _____

P. PAWLIK _____

(1) Revue Bleue nov. de 1933.

Dedicado a mis discípulos y amigos del idioma de Goethe.

No del todo conocido será, que según estadísticas prolijas, en este idioma se imprime actualmente más del ochenta por ciento de la literatura científica mundial. Como enuncio arriba, dedico este trabajo a mis discípulos esforzados que conmigo y en trabajo abnegado, por más de dos años deseaban aprender este idioma indispensable para todos los estudiosos y científicos. De mis conferencias recordarán ellos haber oído ideas expuestas por mí, que en el presente artículo van a ser confirmadas. Se discutirán éstas aquí, no tan sólo, desde el punto de vista filológico, como sucedía en mis clases, sino, desde el filosófico, y esto por un fuerte pensador, el que particularmente explica todo lo que atañe al momento psíquico.

Entre mis oyentes, fácilmente puede haber habido uno que otro que atribuyó mis explicaciones, apasionadas quizás, a un patriotismo unilateral o por lo menos a un amor exagerado a mi idioma materno, por lo que me es un placer especial, poderles ahora interpretar el parecer de un eminente sabio ajeno a la razón germánica; por lo tanto será su juicio completamente imparcial (1). A los primeros les suplico concederme el favor y distinguirme un rato con su atención, y a los otros el afecto, que siempre me alentaba en mi trabajo.

Se me dispensará en adelante, la forma y los defectos aparentes de mis expresiones; pero estos tuve que seguir y

(1) Véase Anales de la Universidad Central N.º 285.—El trabajo del Dr. Víctor Gabriel Garcés «Ensayo de interpretación Histórico-Sociológica de las nacionalidades en América», en General y especial el acápite Ortega y Gasset en la página 192.

cometer coercitivamente por lo difícil de la interpretación psicológica de ciertos momentos que van a ser discutidos. Suplico indulgencia y vamos al grano.

En los alemanes el mundo de los sentimientos subconscientes e instintivos es mucho más vasto y rico que en los franceses. Entera la vida de ellos está penetrada de estos sentimientos de quienes recibe su colorido particular y su forma. La permanente vivacidad de lo que, de indefinido y apegado a lo instintivo palpita debajo del umbral del claro-consciente, le dá el rasgo característico al alma alemana. Le hace un tanto similar a la eslava de la cual, por otra parte, difiere muy mucho. Sus fuerzas comprobaron la ciencia y filosofía alemanas, más por los efectos de una imaginación delicada y sutil, que en la espiritualidad racional.

Entre lo subconsciente y lo consciente, no existe tanta división, en los alemanes, como en los franceses. El intelecto alemán forma una entidad orgánica que es guiada por las fuerzas de lo subconsciente. Descansa en esto fundamentalmente el individualismo alemán o mejor dicho su «Subjetivismo».

Justamente las fuerzas del sentimiento de nuestro ser son las que imprimen a cada individualidad su cuño particular; en contra, la inteligencia, una abstracta aptitud humana general, es la que asimila los individuos mutuamente.

A los alemanes aparentan todos los franceses, ser de una sola uniformidad, porque en ellos esta capacidad puramente racional, se pronuncia especialmente. Como dice August Wilhelm von Schlegel, —en ellos se plasma la suma fuerza creadora del Todopoderoso que iguala uno al otro, por más que cuenten treinta millones de almas.

El carácter instintivo del alma alemana, la unión íntima que hay entre las capacidades superiores psíquicas y las fuerzas subconscientes-instintivas, de las profundidades de la vida, se expresan claramente en el idioma alemán, el cual, en todo es contrario al nuestro. El francés es un idioma derivado, el alemán es un idioma primordial (Ursprache). En el francés, las palabras tienen un sentido bien limitado, y, por el uso de los siglos, exactamente definido. Las raíces, los pre y sufijos que han servido para formar las palabras, casi totalmente han perdido su sentido originario. Observamos hoy tan sólo el resultado final, la palabra aislada. La superioridad efectiva del idioma alemán consiste en su formidable rí-

queza, en su carácter sumamente icónico del caudal de sus palabras concretas. La posibilidad del uso de partículas separadas, —como en inglés, en el alemán mucho más fuerte— expresan todas las variaciones y matices de los sentimientos, sensaciones, afectos y movimientos, amoldándose más estrechamente a la vida del alma que en el francés; y es justamente por lo indeterminado y más vago de la significación de las palabras compuestas.

La sintáxis alemana, más clara aún que el caudal de las palabras denuncia el antirracionalismo arraigado en esta entidad étnica. En el francés figura el subjetivo con sus complementos al principio, sigue después el verbo que es dependiente del primero. Nosotros avanzamos de lo esencial hacia lo secundario, lo accesorio. Proseguimos una disposición analítica y lógica; nos dirigimos al entendimiento. El alemán, guiado por el instinto obedece a un orden opuesto a la lógica, y prosigue de lo secundario a lo esencial, así, como si obedeciera a una forma de un crescendo musical. El ritmo sube elevándose marcadamente. El adjetivo y el participio van antepuestos al sustantivo, el último aparece recién después de una serie de definiciones alusivas, —a manera de un rey que se deja preceder de un largo cortejo de cortesanos y ministros anunciando éstos, la venida de su Majestad.

En el alemán, el habla coherente como la sentencia aislada provocan la misma impresión. En primer término como en el francés queda guiada por el intelecto, completamente puro y consciente; el que divide, distingue y hace las conexiones, toma parte en esto todo el alma, siendo más por las fuerzas instintivas y semí-instintivas que por las intelectuales. En lo parcial, como en lo general, procede el alemán sintéticamente y no analíticamente. El desea expresar todo a la vez y conjuntamente. Con el raciocinio a la par van sentimiento y fantasía, lo que significa indudablemente una gran ventaja para la poesía, pero muy dudoso en su valor para la prosa. Los franceses simplificamos las cosas hasta no más porque queremos ser claros. A los alemanes poco les preocupa dejar las cosas en cierto desconcierto, que muy bien corresponde a la realidad. Ellos se conforman atrayendo éstas a sus sentimientos y su alma, alcanzan por lo tanto impresionantes efectos sugestivos; excepcionalmente crean una entidad lógicamente organizada a la cual puede acoger directamente el entendimiento.

Los alemanes equilibran esta falta de organización lógica por un procedimiento particular, por la sistematización. El espíritu de la sistematización es muy diferente de la necesidad organizadora tal como lo sienten los franceses. El obra desde el exterior y no del interior. No es producto del intelecto que se esfuerza en comprender las cosas y ordenarlas sino de la fantasía que requiere grandiosas construcciones de ideas. La fantasía descubre en el objeto de su contemplación interesantes interpretaciones. En seguida aplica esta interpretación a todo lo análogo, al tiempo que, según la necesidad, transforma y arbitrariamente explica. Se evoca de esta manera la impresión de unidad, de una síntesis. Stendhal hizo resaltar tan sólo las partes defectuosas de una dote espiritual y el que también puede tener partes muy buenas; mas, cuando van unidas a un cierto sentido clarividente casi profético, último, muy común en los alemanes. Nadie puede negar que la inclinación a la sistematización en Kant y Hegel les ha apartado considerables éxitos, a pesar de las construcciones artificiosas y las exageraciones ostensibles a que les indujo a estos filósofos.

Es pues el caso, con la sistematización, como con las hipótesis científicas. Por el sencillo esfuerzo espiritual dirigido a una síntesis, por el simple acercamiento de los fenómenos observados hasta ahí separadamente, estas hipótesis dejan aparecer inopinadas verdades; a veces las menos esperadas. Un método discutible, por el sólo hecho de ser un método, puede conducir a descubrimientos valiosísimos.

En el transcurso de su historia, Alemania conservó y defendió siempre este rasgo fundamental, el ligamento íntimo de lo subconsciente y lo inconsciente con la inteligencia; del sentimiento con el intelecto, en una palabra al «Subjetivismo», supo defenderlo contra todas las influencias extranjeras, muy en especial de las latinas y francesas. El primer efecto opositorio pudo anotarse en asuntos de la religión —la Reforma.—

Fué imposible a Alemania sustraerse a las influencias romanas, aunque jamás podían alcanzar éstas una dominación tan fuerte como en las Galias. El oeste y sur de Germania eran ocupados por las legiones y no cabe duda de que Roma hubiere seguido su camino de conquistador. Pero Varus sufrió una terrible derrota que puso fin a todos sus futuros intentos. Roma había perdido ya la pujanza y fuerza

de su expansión; Tiberio se conformó con vengarse por su mal éxito, sin proseguir la definitiva subyugación de un pueblo tan grande y aguerrido. Indeteniblemente penetraba, sin embargo la civilización romana en el país de los germanos, y son testigos de esto, la multitud de palabras latinas en el idioma alemán, que aún hoy se conservan. Pero examinando dichas palabras probamos que éstas se refieren casi en su totalidad tan sólo al progreso material, arquitectura, las profesiones artesanas, comercio, guerra y administración.

El alma alemana quedó intocada. Cuando algunos siglos más tarde invadió el Cristianismo a la Germania, la evolución fué completamente distinta. Ahora las expresiones aceptadas del latín designan acontecimientos espirituales y sentimentales. Roma se conquistó las almas; porque siempre de ellas se trataba aunque la obra de conversión de los germanos fué labor de monacos, anglo-sajones, irlandeses o galo-francos. Esta religión nueva traída por misioneros extranjeros llegados bajo el amparo de las armas de reyes francos, lleva el sello del espíritu latino. Su fundamento era jerárquico y disciplinario; por intermedio de la iglesia, el creyente se ponía en relación con su Dios. (Sic)

El alma alemana pronto dejó de sentirse contenta en este orden severo. En el siglo catorce, cuando el régimen busgués relevó el dominio de la aristocracia, se despertó y desplegó el espíritu nacional, con ostentaciones de ideas panteístas unidas a un ferviente misticismo. Notables son las doctrinas de Eckhart, Seuse, Taulers y muy en especial la «Deutsche Theologie» —Teología alemana— de un autor ignoto. Llega un fuerte llamamiento al alma, unirse directamente al ser infinito, a Dios, hallarlo en lo más profundo de su interior, en el «Yo» propio, después de desligarse de todo lo material.

En esta última comunión con Dios se hace de cierto modo el Cristianismo copartícipe de la naturaleza del Creador, se eleva por encima de los dogmas e instituciones eclesiásticas, consiguiendo de tal manera su salvación sin intermediarios; coercitivamente la última consecuencia de estas teorías, tuvo que conducir a la «Religión Subjetiva». Como fiel discípulo de los Maestros místicos, Lutero hizo el paso decisivo. Su concepto del Cristianismo se funda en la íntima comunión del creyente por su credo con Dios.

La religión es el fundamento de la vida íntegra, moral e intelectual, de cualquier entidad étnica. La religión propa-

gada por Lutero devolvió a cada uno su independencia, exigiendo de él, tan sólo el credo y el amor. La teología católica, principalmente Tomás de Aquino, rectificó el misticismo por el racionalismo de un Aristóteles; admitió cierta colaboración del ser humano en el anhelo de alcanzar la salvación (Seeleheil), y la gracia celestial, concluyó la obra del buen albedrío humano guiado por el raciocinio. Lutero aniquiló primeramente al ser humano, le privó de todo derecho mayor, de todo libre albedrío para enaltecerle después por la reunión con Dios; de par en par abrió la puerta al misticismo. Este misticismo en el cual el sentimiento fué el único legislador, inundó con el «Pietismo» completamente la vida religiosa. Aborreciendo a todos los dogmas y ritos, sin embargo tuvo Lutero que conservar algunos, por el sólo hecho de que fundaba una religión. En el siglo XVII hallaron ciertos luteranos, superfluos, el resto de dogmas y ritos y que estos paralizaban el vuelo del alma. A estos los denominaron pietistas, según los «Collegia Pietatis», donde tenían sus reuniones. Consistía para ellos la religión exclusivamente en una emanación «ex ánima» de una sentimentalidad mística. Se extendió el pietismo en la burguesía del siglo XVIII con una celeridad vertiginosa, formando el suelo fecundo del que brotó toda la vida espiritual de Alemania actual, muy particularmente su literatura vastísima. El pietismo inició así su acción libertadora desligando a la literatura alemana de la tutoría ajena y extranjera, que sobre ella ejercía el clasicismo francés, él, que fué el ideal de los escritores franceses desde los principios del siglo XVIII. Allá en el año 1730, el Profesor de Leipzig Gottsched hizo grandes esfuerzos para inclinar a sus compatriotas hacia la estricta cima de observancia de las reglas que condujeron a la literatura francesa a la cima de la perfección. Se inició la controversia entre Gottsched y los escritores suizos Bodmer Breintinger en sus principios como discusión sobre cuestiones secundarias. En el transcurso de las pedantescas argumentaciones, descubrió sucesivamente su camino propio el alma alemana. La mayoría de los escritores se decidió en contra de Gottsched y casi al mismo tiempo, la grandiosa obra, de altísimo valor «Messias» de Klopstock justificó convincentemente esta oposición.

Todo era meramente un prelude, una aurora de acontecimientos más imponentes. La decisión definitiva vino más tarde la época de los poetas del período impetuoso y agresivo

de la literatura alemana, (1767-1781) independizó y eliminó todo lo ajeno de la literatura. Fué esto la expresión de Subjetivismo, comparable tan sólo con la Reforma. Todo el mundo dejó paso libre a la fantasía y sentimiento; todos los escritores se creían responsables solamente así mismos, en lo referente al argumento y su estilo. Esta revolución en la que apasionados tomaron parte, los jóvenes todavía, Goethe y Schiller fué de sumo grado fertilizante para la literatura alemana, desviada y paralizada hace tiempo por la directa imitación del clasicismo francés.

Llegó la calma, hasta se notó señas de un contramovimiento; y dio la señal para éste, nadie más otro que el mismo Goethe. Los límites se han sobrepasado. En el anhelo pujante de repeler el entendimiento abstracto y dejar libre el campo merecido al instinto poético, llevó hacia una plena anarquía. En la Literatura, como en todas las artes, no es admisible olvidarse de ciertas reglas primordiales para no pecar en ciertas incoherencias e inmoderaciones: porque un escritor al fin no escribe para sí mismo, él escribe también para los otros; y si pretende ser entendido, forzosamente tiene que hacer concesiones a la comprensión ajena.

Alboreó la época clásica para la literatura alemana. Han nacido los dramas clásicos de Schiller, la «Iphigenie auf Tauris» y el «Torquato Tasso» de Goethe. Jamás fué Alemania más entusiasmada por la cultura del oeste arraigada en las condiciones greco-latinas. Todas las obras de esta época representan el mínimo de Subjetividad con que se podrá contentar el alma alemana. Tal concesión no pudo ser para largo tiempo. Al principio del siglo XIX vino con el romanticismo una nueva irrupción del Subjetivismo: Se inspiró y entusiasmó para las nuevas creaciones de la «Época bárbara y primitiva» en el «Lied» popular.

Pasaron por Alemania todas las contracorrientes que en todas partes de Europa se ha experimentado, como son: el Neo-clasicismo, el Realismo, el Naturalismo, pero sin influir en algo y en el Subjetivismo romántico. Esto quedó ley dominante de la evolución espiritual del siglo XIX y a principios del XX en Alemania. Los más sobresalientes representantes de esta nueva época son: Heine, Lenau, Hebbel, Storm, Wagner, Nietzsche, Haupmann, Liliencron, Dehmel y Rilke, prueba del dominio absoluto del Subjetivismo instintivo en Alemania.

El Subjetivismo no llena por completo el alma alemana que es siempre muy multiforme; en ella se unifica con su marcado sentido para la realidad y una aptitud para la disciplina en la vida paáctica. Bajo este aspecto el alma alemana viene asemejándose mucho al alma anglo-sajona; aparentemente divide una membrana el pensamiento del hecho. Aquí nos ocupamos solamente del pensamiento, estando éste, más que en otras partes, unido con el oscuro mundo de lo subconsciente. En el imperio del pensamiento alemán, domina el Subjetivismo, instinto y el sentimiento para las profundidades de la vida.

Alemania y Francia son y serán una antítesis. Madame de Staël, tenía razón al hablar del Rhín como de una barrera divisoria, eterna entre dos mundos espirituales, que entre sí difieren tanto como los dos países.



Para terminar me será permitido mencionar aquí un caso de la realidad. A los interesados en la materia lingüística les remito a la revista «World Unity Magazine» New York, octubre de 1933. El profesor Henry W. Hetzel, Presidente de la Unión Esperantista de E.E. U.U. refiere ahí un acontecimiento de trascendental importancia:

«Un amigo mío de nacionalidad francesa tomó parte en el Congreso de científicos de Estocolmo. Al iniciarse el Congreso, de antemano se adoptaron el inglés y el alemán como idiomas oficiales para las conferencias. Todos los concurrentes, con la sólo excepción de los procedentes de los E.E. U.U. y de la Gran Bretaña, tenían que luchar con mayores o menores dificultades para la comprensión de lo expuesto por los conferencistas. Tuvo que repetirse muchas sentencias, muchas se tenían que traducir, se produjo una gran confusión. Lentamente y a medida que los conferencistas principiaron a hacer sus discursos en el idioma alemán se disipó esta desavenencia. Más y más se lo empleó en las conferencias de los siguientes días y fué éste el idioma principal del que se sirvieron hasta el último día para las conferencias.

Como me explicó el amigo francés, la causa de tan no-

table acontecimiento era sencillamente lo siguiente: Los conferencistas alcanzaron más fácilmente una perfección y por lo tanto una regular uniformidad en la pronunciación del alemán que en la de los otros idiomas. (1)'



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(1) Tomado de la AUSLESE de junio de 1934.